

«¡Hoy es mi cumpleaños! ¿Me regalarán algo?», se preguntó Marianita al despertar, a pesar de que ya sabía que probablemente no habría regalo para ella, pues sus padres no tenían tanto dinero como para gastarlo en obsequios.

Ya le habían dicho que conseguirlo no era fácil y que cada moneda ganada era producto de mucho trabajo y disciplina. Además, le habían enseñado que el alimento y la educación eran más importantes que cualquier regalo.



Pensando en eso sacó su charango y comenzó a cantar. Marianita siempre cantaba, lo hacía para alegrar a su propio corazón.





De pronto, sintió unos pasos y dejó de tocar: eran sus papás. Ellos ingresaron a su habitación y con mucho amor la abrazaron y le dieron la bendición por su cumpleaños.

Entonces, Marianita confirmó su sospecha: no había regalo para ella. Lo supo porque no vio ningún paquete envuelto en papel de colores. Sin embargo, igual sonrió y correspondió a los abrazos, pues se sentía la niña más afortunada de la tierra por contar con el amor de sus papás.

